

UN TRUHAN DE LA ERA AGRICOLA

UN bar, un círculo no valen nada cuando no se tienen dominados. Es como las «chicas». No se trata verdaderamente de bienes. Nunca se puede estar tranquilo. En el fondo, no se posee nada. Es el guardaespaldas del «Artistic», en la calle Molière, de Marsella, quien habla. Estamos en el mes de marzo pasado. Tres clientes acaban de salir, después de haber roto una docena de botellas y volcado unas cuantas mesas. Sin razón aparente, y sin estar siquiera borrachos.

El «Artistic» es una «boltes» como es debido, en la que nunca hay líos y cuyos clientes son serios. Pertenece a Antoine Guerini, y los destrozos que acaban de realizar estos perturbadores tranquilos representan un sacrilegio insólito. Muchos se acordarán de este incidente después del asesinato de Antoine, lo mismo que de las frases llenas de prudencia del guardaespaldas, febrilmente interrogado por los policías y por otros; tan interrogado que preferiría desaparecer, sin volver a acordarse ni del rostro de los provocadores ni del número de su coche. Sin volver a acordarse de nada. Lástima para la Policía, lástima para los amigos de Antoine Guerini, ya que esta provocación se encuentra ligada al crimen.

Desde el mes de marzo estaban tanteándose las defensas del «rey» marsellés. Antes del 23 de junio, día de la ejecución, se produjeron otros hechos inexplicables. Un pequeño círculo modesto del barrio de Chartreux fue atacado, o más bien saqueado, limitándose los agresores a quemar algunos fajos de billetes. Los hilos del asunto eran manejados por Barthélemy Guerini, «Mémé», hermano y sucesor de Antoine. Los policías no han encontrado a nadie, el clan Guerini tampoco.

ser alguien

El guardaespaldas del «Artistic» tenía razón. Antoine no posee nada, pero no se daba cuenta de ello. Víctima de su romanticismo, de Albert Simonin, del cine, se creía un emperador. ¿Qué poseían los Guerini? «Boltes». Eran taberneros. Y villas. Taberneros enriquecidos. Marsella es una gran ciudad industrial, un gran puerto. En este inmenso complejo económico los Guerini no eran nada. No hacían temblar más que a unos cuantos muertos de hambre. No arbitraban sino asuntos relativos a cifras irrisorias. La caída de Guerini se explica; no ha caído sino desde su altura. Sin embargo, se hizo daño: los Guerini corren peligro de perderlo todo.

La ascensión de Antoine había empezado mal. Entendámonos. Cuando Antoine desembarcó en Marsella en 1917, a los quince años, lo tenía todo para triunfar. En primer lugar, una carta de reco-

mendación, como en «Los tres mosqueteros», como en todas las vidas corsas. Una carta para Renucci, truhán bien situado, un ejemplo. Antoine es valiente. Su extraordinaria fuerza física le impone en las peleas de taberna. Es buen tirador, como todos los de su pueblo, Calenzana, como todos los de los pueblos corsos. Es inteligente, prudente predictor. Tiene un nombre que defender, una ambición. En resumen, es un buen chico y su padre, carbonero, consejero municipal de Calenzana, puede estar orgulloso de él. Pero cuando Antoine Guerini llega al continente ya está dominado por la obsesión corsa de ser alguien más bien que de crear algo, obsesión que orienta muchas carreras corsas. Quiere ser respetado, tener un nombre, más bien que convertirse en una verdadera potencia. De ahí su pereza, su negligencia. De ahí su impotencia para fundar, llegado el momento, el imperio que se le ha atribuido.

Jo Renucci y su hermano Noël hacen bien las cosas. Le dan una «chica» y le imponen un barrio difícil, el de Castellane. Se dan cuenta en seguida de que el joven Guerini será un señor; no es un fantasioso. Al contrario que otros irresponsables abocados a la morgue o la prisión, le repugna sacar la artillería. Presencia, autoridad, calma. La chica trabaja en paz. Dos meses después, Guerini se compra otra. Se trata de un record para un debutante. Los Renucci le ayudan a colocar su dinero en casas que marchan bien, y Antoine monta un bar, «Las Colonias». Los Renucci aparecen por él con frecuencia, con sus amigos, y llevan su solicitud más lejos, escogiendo un patrón electoral para su protegido.

un camino sin salida

Cabeza de puente de Córcega, Marsella es una ciudad donde las elecciones son borrascosas. Un hombre político necesita un servicio de orden, guardaespaldas, antenas de información. Los Renucci son agentes electorales de una personalidad marsellesa de la época, Bouissou. Carbone y Spirito están al servicio del líder local de la S.F. I. O., Simon Sabiani. Los Renucci reflexionan y aguijonean a Antoine Guerini hacia el abogado socialista Ferri-Pisani. Pero, sin saberlo, le estaban haciendo al joven truhán un flaco servicio. Le estaban lanzando por un camino electoral que, en Francia, no tiene salida.

En un país centralizado, una carrera política se juega en París. Un hombre político puede, por necesidades locales, hacerse ayudar sobre el terreno por un gang. Pero en París renegará de él, lo dejará abandonado a la primera tempestad, bajo pena

de hundirse él mismo. En Estados Unidos, un gang puede dominar una ciudad, es decir, no sólo una cadena de «boltes», sino la Policía, la administración municipal. En Francia tales complicidades no pueden ser sino accidentales, momentáneas. El «affaires» Ben Barka, las reformas de la Policía acabarían por privar a los «grandes truhanes» de su logística policíaca. Por instigación de los Renucci, Antoine Guerini había escogido el mal camino.

Ferri-Pisani era, sin embargo, una buena carta. Simon Sabiani siguió a Doriot al P. P. F., Carbone se convierte en el hombre de confianza de la derecha y Guerini en el de la izquierda. En 1934, Carbone, que había sido acusado por el inspector Bony de haber matado al consejero Prince, es liberado y vuelve a Marsella como amo y señor. Es la guerra. Los amigos de Guerini aguantan el tipo. Se producen vivos tiroteos, especialmente ante la estación Saint-Charles. Los gueriniistas se refugian en los jardines de Longchamp. Cae la noche. El combate continúa en los paseos, ante las jaulas del zoo. Una especie de jabalí de África muere. Antoine se ha replegado en una posición inexpugnable, la jaula del elefante «Poupoule», que aún vive y podría contar muchas cosas. Los hombres de Carbone se retiran saltando las verjas, ya que los guardianes, antes de escapar, han cerrado todas las salidas. La batalla de Longchamp es la que consagra a los Guerini de Calenzana.

cabarets

Ahora se dice los Guerini, ya que Antoine ha hecho venir a sus hermanos, François, Barthélemy, alias «Mémé», Pascal, Pierre, Lucien. Ha comprado cabarets «chic» en Marsella, Lyon, Niza, y el Lido de Calvi, en honor de la familia. Pero sus inversiones son peracaderas, «boltes» que pueden quebrar, que le pueden quitar. Bienes inmuebles que pueden ser sumergidos en un epílogo judicial. Se perfila ya el Guerini del fin, el que creará escapar al hampa retirándose, hacerse inaccesible permaneciendo inactivo, el que se hará la ilusión de estar protegido por su respeto relativo de las leyes, por su honorabilidad, por su pasividad. Los Guerini amasan, pero no construyen.

Confunden, según la tradición corsa, poderío y amistades. Se trata de una confusión excusable, ya que la alianza Guerini-Ferri-Pisani va a llevar al clan a una seguridad burguesa. Hasta 1939, Antoine Guerini es protegido por la Policía municipal, y su rival Carbone cuenta con la protección de la Policía del Estado. Las peleas se hacen cotidianas. Los rufianes de Carbone cantan «La Marsellesa» y los de Guerini «La Internacional». Car-



PROCEDENTE DEL CAMPO, ANTOINE GUERINI NO TENIA SIN UNA AMBICION: CONVERTIRSE EN BURGUES. ESTE ES EL SECRETO DE SU MUERTE

pacífica, frecuentemente por cuenta de la Policía, que es socialista. Se encuentra en el centro de los contactos que llevan al descubrimiento, bajo los escalones del Palacio de Justicia, de las joyas de la Begum. Su interlocutor policiaco no era otro que Pierre Bertheaux, director socialista de la Seguridad Nacional. Hace que las sospechas de traición recalgan sobre un truhán en desgracia, Gu'dicelli, que es abatido. La justicia de los Guerini es la que triunfa.

rufianes rutinarios

A la hora de la O. A. S., Antoine Guerini proporcionó guardaespaldas a Gaston Defferre, que se sentía amenazado. Cuando el hampa de Orán, de Argel, de Bône, se instaló en la Costa Azul, los Guerini organizaron un comité de recepción, repartieron los feudos. Pero esta tentativa de conciliación no tardó en fracasar. Niza fue el punto álgido del enfrentamiento. Los gueriniistas se trasladaron allí y lograron una victoria costosa y frágil. Muchos decidieron quedarse en Niza, y Antoine Guerini se encontró privado de sus mejores elementos. Fue en este momento cuando Roger Frey decidió utilizar al hampa repatriada para establecer contacto con los grupos O. A. S., así como para otras tareas más oscuras. Los enemigos de Guerini gozaron, pues, de apoyos oficiales que la autoridad de Gaston Defferre no logró compensar.

Es en este ambiente donde Marsella sitúa a los asesinos de Antoine Guerini. Entre estos adversarios de 1963 pasados al poder, deseosos de vengarse y de suplantar al Viejo en declive. El mito de una joven generación de truhanes que parten al asalto de Marsella es sugestivo, pero no resiste a la observación policiaca de la realidad: los «jóvenes» son grises, no tienen el carácter, la determinación, la astucia de sus mayores. Han sido otros «viejos» los que han matado a Antoine Guerini, «viejos» expulsados de otra parte y ávidos de volverse a instalar en un terreno ya valorizado.

Lo que caracteriza al hampa es la rutina. Antoine Guerini empezó igual que sus asesinos. En un terreno conocido, rico. Con apoyos políticos. Con un solo propósito, el de convertirse en un burgués a la mediterránea. Antoine Guerini, lo mismo que sus predecesores, lo mismo que sus sucesores, no tenía imaginación. No se le habría ocurrido conquistar un sector económico, hacerse armador, banquero, como algunos de sus émulo americanos. Procedente del campo, ha seguido siendo un truhán de la era agrícola, metido en la política local para imitar a los señores de su isla, obsesionado por añadir un poco de lustre a su casa natal. Este es el secreto de su muerte.

FRANÇOIS GAVIGLIOLI

bone se ha ido separando poco a poco de la Isla y el hampa corre es cada vez más guerinista.

Es la edad de oro. Los jóvenes llegan para ser formados por los hermanos Guerini. Marsella vive como la América de los años veinte. Es la edad de oro de la droga. El «Narcotic Board» no tiene aún su actual eficacia. Está acaparado por la conclusión de los estupefacientes desde los grandes puertos de Asia, por la proliferación de laboratorios en territorio americano. No se interesa aún por Francia, y sus lazos con las policías europeas aún no están planificados. Es la edad de oro de los gaitos, ya que la Policía de juego es perfectamente autónoma y sus patrones están abocados —es un privilegio de la función— a retiros suntuosos. Y es la edad de oro de las «casas», que todavía no han sido cerradas.

La victoria de Alemania deja evidentemente el campo libre a Carbone. Sin embargo, el gangster P. P. F. no tiene demasiadas ambiciones e intenta llegar a un acuerdo con su rival. En abril de 1941, una entrevista entre los dos truhanes tiene lugar en una villa de Saint-Barnabé. Un encuentro espectacular, cinematográfico, con largos cortejos de coches negros y despliegue de fuerza. Bajo las higueras, ante sendos vasos de horchata —ni Antoine Guerini ni Carbone tomaban alcohol— proceden a un reparto.

Este armisticio permitió a Antoine Guerini sobrevivir, pero también —tenía el sentido de la fidelidad— hacer un favor a su patrón, Ferri-Pisani, quien, siendo secretario general de la Federación de Sindicatos de marinos, reconstruye la C. G. T. y participa en la acción de varios grupos. Gracias a

Antoine, Ferri-Pisani dispondrá de un dispositivo de información, y más tarde, cuando se le condene a residencia vigilada, de un agente de enlace. «Mémé» Guerini será detenido y deportado.

las joyas de la begum

Al llegar la Liberación, Antoine Guerini es condecorado con la Cruz de Guerra y con la Medalla de la Resistencia. Recoge los restos carbonistas. Es todopoderoso. Y, sobre todo, ha realizado su sueño, tener un nombre temido. Ha situado bien a su familia, ha llenado de gozo a su pueblo natal. Tiene un papel político, apoya a la S. F. I. O. Cena con banqueros, con diputados, con prefectos.

Entonces es cuando toma partido, mal partido, por la prudencia. Decide dedicarse a sus asuntos, mientras que tendría que haberse ocupado, precisamente, de los de los demás. Compra el «Marsella», el «Cancán», el «Mayfair», el «Fuyck», de Cannes. Barthélemy «Memé» compra también. Hoteles en Marsella, en Saint-Raphaël, en Golfe-Juan. Antoine se casa en 1949. Se convierte en un viejo militante socialista, lo que le lleva a hacer algunos pequeños, pero peligrosos favores. Cuando la Policía reacciona contra los gangs de la posguerra, Antoine no es ajeno a los espectaculares éxitos de los investigadores. Se crea entonces enemigos implacables, pero, como es el amo, ni se da cuenta de ello.

Es también el juez del hampa. Expresión inexacta. Es, más bien, el moderador. Antoine Guerini no quiere complicaciones y, en consecuencia,